

Invasiones musicales

Tony Évora

UN VERDADERO ALUVIÓN DE VOCES Y RITMOS CRIOLLOS descendió sobre España en plena primavera del centenario del 98. Entre otras actividades, bajo la bandera del «Festival de las Américas» aparecieron en jornadas diferentes y en el Centro Cultural de la Villa de Madrid los artistas Amaury Pérez, Vocal Sampling, César Portillo de la Luz y Carlos Varela, Compay Segundo, Pancho Amat junto a Bárbaro Torres y su Piquete, así como Chucho Valdés e Irakere con Omara Portuondo. Bajo otra entidad pero en el mismo lugar, se presentaron la «Reina del bolero», Olga Guillot y los «reyes de las canas», la popularísima Vieja Trova Santiaguera.

Valga aclarar que las presentaciones que han tenido lugar durante el mes de mayo en el Centro Cultural de la Villa, en la Casa de América y en la Sala Manuel de Falla de la Sociedad General de Autores y Editores (SGAE) son parte de una estrategia mucho mayor. La SGAE, a la cual pertenecen casi todos los artistas que salen y entran a Cuba (cálculo alrededor de 500 miembros), ha sido la promotora de los más de 70 actos culturales que se integran en el proyecto CUBA'98: 100 AÑOS DE HISTORIA Y CULTURA. Presentado el pasado 30 de enero en el Palacio de Longoria, el vasto plan «pretende estrechar en este primer siglo de emancipación la proximidad histórica, cultural y sentimental entre España y la isla». El programa general (que se está llevando a cabo tanto en Cuba como en España) incluye música clásica y popular, teatro y danza, ediciones y publicaciones, producciones discográficas y otros planes en preparación.

«El esplendor creativo por el que atraviesa Cuba, la constatación de que las raíces y los frutos de una cultura propia han tomado cuerpo en una muy sólida cultura cubana, y el conocimiento que el resto del mundo tiene de sus artistas, ha desembocado en este proyecto de SGAE y Fundación Autor», nos asegura el material informativo distribuido por la SGAE. Así las cosas, paso a comentar la variedad y calidad de aquellos actos a los cuales logré asistir durante el mes de mayo.

La formación autodidacta del cantautor Amaury Pérez Vidal (1953) se explayó en canciones cargadas de contenido poético, incluyendo varias de su reciente disco *Amor difícil*. Amaury formó parte del núcleo de la Nueva Trova a partir de 1972 y después vivió varios años en México. Por su parte, el fenómeno que constituye Vocal Sampling es para disfrutarlo en vivo, de ahí que la sala estuviera repleta el 13 de mayo. Estos seis jóvenes se estrenaron en el Aula Magna de la Universidad de La Habana en 1989 y su fundador fue René Baños. Descubiertos por Poney Gross de Zig Zag Productions, llamaron la atención de Peter Gabriel, quien les grabó algunos números, uno de los cuales apareció en la recopilación de «Luaka Bop» de David Byrne *¡Diablo al infierno!* A partir de ahí se han multiplicado las giras. La fórmula parece fácil: se pone una dosis bucal de ritmos y efectos percutivos, se le añade la dinámica de animadas melodías mientras que la laringe llamada bajo mantiene el compás y el resultado es un efecto sensacional. Pero pasada la impresión del obvio virtuosismo queda la pregunta: ¿sobrevivirá un sexteto *a capella*, de estas características, dentro de la jungla cubana actual?

Compay Segundo, que es muy bueno y siempre aparece sonriente, hizo lo que siempre ha hecho, y con sus tres muchachos, y en este caso también con la voz melodramática de la andaluza Martirio, ofreció una velada de sonos sabrosos. Este inveterado bebedor de ron, que realmente se llama Francisco Repilado (1907), es como un verdadero pedazo de la historia de la música popular cubana. A los 14 años ya acariciaba una guitarra recorriendo las mismas calles santiagueras que conocieran Sindo Garay, Rafael Cueto y tantos otros trovadores o cantadores. Después aprendió a tocar el clarinete (doce años estuvo tocando ese instrumento con el «Conjunto Matamoros»). Más tarde creó el dúo «Los Compadres» con Lorenzo Hierrezuelo. Ahora su voz baja se acompaña de una guitarra de siete cuerdas metálicas que él llama armónico y a la que le saca filo. Y todo el mundo lo quiere escuchar.

No podría hablar de cuerdas sin comentar la deliciosa y dinámica velada que ofreció el tresero Pancho Amat, ex-profesor de física, en duelo y/o dúo con el laúd del virtuoso Bárbaro Torres y su Piquete: cuatro chicos campesinos estupendos (guitarra, tres, bajo y bongó) y una Conchita que tiene una voz tan alta como la de Celina pero más agradable. Lo de Pancho Amat es como un reverdecer de las cuerdas (por poco escribo de las palmas), con un dominio del fraseo que le ha convertido en el mejor tresero de hoy día. Uno de los fundadores del grupo Manguaré en 1971, con ellos Pancho desarrolló su gran versatilidad, que ahora ha logrado aplicar al proyecto de rock montuno de *Juan Perro*. Por su parte, Bárbaro Torres realzó la tonada campesina sonera, imprimiéndole al movimiento melódico arpeggios del grave al agudo, abarcando ámbitos insospechados con su laúd. Al final del espectáculo del 16 de mayo subió al escenario *Juan Perro* Santiago Auserón, ex-Radio Futura, el conocido cantante que tanto ha hecho por difundir la música tradicional cubana en España desde 1992 en que produjo la recopilación *Semilla del son*.

Lo de Omara (1930) y Chucho (1941) fue otra cosa. Desde que en 1997 grabaron el disco *Desafíos* para un sello español, una selección sólo para piano

y voz que no ha logrado la repercusión que debería, estos dos gigantes se han encontrado pocas veces. Y la noche del 21 de mayo se volcaron los nuevos Irakere en una presentación de gran calidad con la imponente voz, cargada de *swing* y *soul* con toques afrocubanos, de Mayra Caridad, hermana de Chucho, quien deslumbró a los asistentes. Cantó un bellissimo *Cómo fue* a dúo con Omara que seguramente habría conmovido a su autor, el pianista Ernesto Duarte, fallecido aquí, en el exilio de Madrid en 1988. ¡Pero Mayra Caridad no ha grabado todavía! Y dije que eran unos nuevos Irakere porque de los fundadores de hace 25 años sólo quedan el guitarrista Carlos Emilio Morales y el juicioso batería Enrique Plá y el propio director. Los ex-Irakere Paquito D’Rivera y Arturo Sandoval han pasado hace años a otros planos en el exilio. Chucho, de quien siempre podremos esperar nuevas concepciones, invitó a un par de saxofonistas muy jóvenes a descargar, y lo hicieron con gusto y aplomo, mientras desde el piano el genial hijo de Bebo Valdés inventaba secuencias apabullantes y los enormes dedos se divertían en coreografías incesantes. Omara Portuondo, la «Novia del filin» como se la conoce en la isla, deleitó con la calidez que siempre la ha distinguido varias canciones de *Desafíos*. La velada terminó con aquello de «Díle a Catalina que me compre un guayo...»

Mas el peso pesado de esta invasión de intérpretes cubanos se hizo sentir en el Palacio de los Deportes, el 27 de mayo, con la actuación de Team Cuba, una gran gala con una orquesta de 20 músicos dirigida por Joaquín Betancourt. Autodefinida como «Somos lo que hay» esta agrupación contó con las participaciones individuales de Juan Formell (de Van Van), Isaac Delgado y el *showman* José Luis Cortés, alias «El Tosco» (la flauta de NG La Banda), David Calzado (de La Charanga Habanera), el sonero Adalberto Álvarez, Paulo FG, y otros cantantes: Mayito, Aramis Galindo, Tony Calá y Michel Maza. En conjunto, son jóvenes, prepotentes e inevitables, aunque desde las páginas de *El Caimán Barbudo* se les critique como música degenerada. Y algunos están irritados porque los Ry Cooder o los Santiago Auserón de este mundo se fijan únicamente en los «viejitos», ignorando lo que es presente candente y turbulento en la radio y televisión de la isla. En resumen: un espectáculo detonador con sabor a ron, que lo mismo cabría calificarlo de salsa, que de hiper-salsa o de «timba», que es como seguramente le gustaría a Juan Formell denominarlo ahora. O mejor de timba *heavy*. ¿Por qué no?

Olga Guillot (1925) comenzó su minigira española en Madrid el 28 de mayo. Por supuesto, no podía faltar en esta invasión de música cubana. Coleccionista de discos de oro (creo que su voz ha aparecido en más de 58 discos) y creadora de una auténtica escuela interpretativa, Olga, la «Reina del bolero» vino a celebrar 60 años de carrera artística con los imborrables *Tú me acostumbraсте* (que canta desde 1957), *Miénteme*, *Adoro*, *Sabor a mí* y tantos otros boleros que le han dado el prestigio de que goza en muchos países. Ella no piensa retirarse, y mucho menos que la olviden. Por eso, desde Miami, Olga Guillot ha declarado al mundo que el trono del bolero sigue ocupado.

Y ahora pasando a las canas: nunca me imaginé cuando en 1994 presenté por primera vez en España a aquellos ancianos, que mis palabras serían tan

proféticas. Fue en la Casa de América de Madrid y ante un nutrido público, pero cuando empezaron a sonar (con sólo cuerdas, voces y un par de maracas) no hubo cadera que permaneciera quieta. Ni siquiera las de estos cinco veteranos, algunos de los cuales conocieron a Antonio Machín. Pues siguen volviendo a España cada año, y realizan extensas giras en que se les cuida como oro, porque aquí adoran la música tradicional, la de tierra adentro, y por supuesto, admiran la picardía y dignidad con que los miembros de la Vieja Trova Santiaguera presentan y redondean cada número. Unos verdaderos profesionales.

Las madrileñas Sociedad General de Autores y Editores (SGAE) y la Casa de América también pusieron sus granitos de arena, especialmente la primera, con una serie de conferencias sucesivas que inició el investigador santiaguero Danilo Orozco el 6 de mayo. Con la titulada «Género Son / Modo Son en un marco intergenérico», Orozco echó una mirada exploratoria sobre los procesos músico-culturales alrededor del son cubano, que fue seguida al día siguiente con «Fusión y confusión en el ámbito musical y sociocultural hacia el siglo XXI», donde el ambicioso, exaltado y solitario musicólogo se lanzó a examinar ciertas convulsiones y polémicas contemporáneas en torno al pensamiento estético-musical, filosófico y sociocultural.

Le siguió el turno el viernes 8 a una presentación de la Fundación Ceiba por Jesús Cosano y Bladimir Zamora. Con sede en Sevilla, Ceiba tiene como principal objetivo el estudio y divulgación de las culturas de los pueblos africanos que alcanzaron la península ibérica y que poblaron el continente americano. Tengo entendido que la mitad de los socios patronos son cubanos. Finalmente, después de un fin de semana para asimilar todo lo anterior, el lunes 11 de mayo el compositor y musicólogo Faustino Núñez (Vigo, 1961), ofreció una apasionante charla con el título «Cuba en la música española». Colaborador habitual del ballet del bailarín Antonio Gades y autor, junto a la cubana María Teresa Linares (1920), de *La música entre Cuba y España*, un importante volumen recientemente publicado por la Fundación Autor (filial de la SGAE) y que reseño aparte, Faustino Núñez insistió con claridad y vehemencia en que, aparte de los llamados cantes de ida y vuelta del flamenco, la presencia musical cubana no se limitó a las conocidas habaneras que todavía se cantan cada año en casi todo el litoral ibérico, sino que también influyó en parte de Europa con sus traviosos modos desde los primeros siglos de la colonia. ¡Vaya, que el travieso Elegguá se estuvo colando antes de que nos diéramos cuenta!

Los actos en la sala Manuel de Falla de la SGAE culminaron el 16 de mayo con una conferencia-concierto, presentada por Reynaldo González, de un repertorio de música tradicional cubana interpretado por la soprano Alina Sánchez y el pianista Eduardo Ernand, con obras que incluyeron tanto composiciones del maestro Lecuona como cantos yorubas, pregones y varios aires de zarzuelas cubanas. La voz de Alina vibró excelente en la pequeña sala, el piano fue un poco tímido aunque certero y el hábil hilo de la conferencia tuvo como guión el libro *Contradanzas y latigazos* del propio presentador.

César Portillo de la Luz (1922), alumbrió con su habitual lucidez una no tan lúcida presentación de Bladimir Zamora sobre la trova cubana en la Casa de América el 12 de mayo. «Canto, luego existo» fue su *motto* para extenderse sobre aquel movimiento habanero de finales de los años 40 llamado filin (del inglés *feeling*, sentimiento, porque en verdad tiene bastante de la música norteamericana). Elevando su guitarra afirmó sonriente: «Yo le digo a España: mira lo que hicimos con el instrumento que nos prestaste». Allí en el anfiteatro de la Casa, poco antes de comenzar, Portillo me había dedicado su hermoso volumen de 176 pp., *El filin*, publicado por la Fundación Autor (SGAE) y compilado por Radamés Giro, que comentaré en otras páginas de esta revista. El autor de *Contigo en la distancia* (1946), *Tú, mi delirio* (1954) y *Realidad y fantasía* (1946) recordó a su gran amigo José Antonio Méndez y logró intimar con los asistentes, hasta el grado de rumbear, a su manera tan parca, un tema que repite: «Óyelo bien bailador, allá en New York o en París, dondequiera que estés, no podrás bailar el son como lo bailaste aquí», para luego marcar en el estribillo: «Para gozar el son, La Habana...»

Y quisiera aprovechar la mención de *El King* José Antonio Méndez, muerto accidentalmente hace diez años, para recordar los trazados melódico-armónicos de este cantautor que lo entregaba todo con su voz encantadoramente ronca. Bohemio pulcro, uno de los fundadores del filin, este mulato de baja estatura, de mirada penetrante y conducta afable, creó un ramillete de títulos imperecederos: *Novia mía*, *La gloria eres tú*, *Si me comprendieras*, *Me faltabas tú*, *Por nuestra cobardía*, entre otras canciones que le brotaban en la terraza del habanero hotel Saint Johns. Recuerdo aquella voz, casi un susurro áspero como la lija, que no hacía otra cosa que pulir hasta la saciedad cada canción a fuerza de sentimiento y calidad interpretativa.

Después del maestro Portillo de la Luz, habló el también cantautor Carlos Varela, quien buscó un plano desde el cual conectarse con el público. Ya había aclarado Portillo que ambas generaciones afinaban o desafinaban por coincidencias tanto como por desavenencias, y que aunque existían en la misma finca ocupaban distintas parcelas, cada vez más ricas por la sedimentación de tantos talentos y voces. Carlos Varela (1963) interpretó, entre otras, las tribulaciones de *Lucas y Lucía* y más tarde, un homenaje a Miguel Matamoros con su tema *Como los peces*, una versión para los años 90 del conocido boleroson *Lágrimas negras*.

Durante dos tardes consecutivas (14 y 15 de mayo) se pudieron ver, también en el anfiteatro de la Casa de América varios documentales musicales de muy diversa duración, producidos por el Instituto de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC) entre 1967 y 1984. Bien presentados por el narrador Reynaldo González, director desde hace nueve años de la Cinemateca de Cuba, la muestra adoleció de una pobreza de imagen y de un defectuoso sonido que sólo lograron irritar innecesariamente a los espectadores.

No todo iba a ser organizado por la SGAE. Una tarde de domingo, a principios de mayo, fui a escuchar al gran pianista cubano José Luis Fajardo en el Ateneo de Madrid, como parte de un vasto ciclo de piano. Ganador de varios

premios internacionales y en la actualidad profesor del Conservatorio Profesional de Música de Amanuel, Fajardo, que reside en Madrid, ha realizado grabaciones y ofrecido recitales en innumerables ciudades españolas y en el extranjero. En 1995 participó activamente en el homenaje a la música viva del maestro Lecuona que logró organizar en la Casa de América. Esta vez presentó un nutrido y variado programa que incluyó contradanzas de Saumell, danzas de Cervantes y varias danzas portorriqueñas seguidas de obras de Lecuona, incluyendo la apasionante *Rapsodia negra*. Finalizó con sus propias *Variaciones sobre el zapateado cubano*. Un recital brillante.

Francisco Céspedes, el médico romántico, ofreció en la sala Galileo Galilei una selección de su disco «Vida loca», distribuido por Warner. Le conocí a principios de 1995 en una fiesta privada en México, donde reside, y me impresionó entonces su estilo de cantar sus propias composiciones y los boleros de otros. Ayudado por Miguel Bosé ha logrado cruzar a esta orilla del Atlántico. Considero que *Pancho* es una personalidad que habrá que seguir muy de cerca.

La voz sensual de Lucrecia, la mulata con las piernas más largas y el pelo más colorido de Barcelona colmó la Plaza Mayor madrileña durante las fiestas de San Isidro. Aunque aparece asiduamente en televisión, es realmente en persona cuando ella se pone a gozar y lo comunica a la muchedumbre. Su estilo alterna entre el son y unos boleros muy sentidos, acompañada por unos músicos que cada vez se acoplan más a lo que ella quiere lograr.

Y cuando empezaba a recuperarme de tanto trajín musical, desembarca Natalia Bolívar en la Casa de América el 26, 27 y 28 de mayo, cargada de los atributos necesarios para hacerle un tributo imprescindible a la etnóloga Lydia Cabrera (1900-94), la autora de *El Monte*, en una hermosa presentación en que fue respaldada por su hija Natalia del Río y la poderosa voz y dicción de Coralía Rodríguez. Creo que habría ayudado mucho al público una breve reseña de Lydia y su obra, a modo de introducción, antes de meterse en referencias que sólo los iniciados habrán podido apreciar. Pero lo más fresco, inaudito y autóctono para mí, fue la experiencia de escuchar al grupo Los Nany, que interpretan rumba matancera de carácter religioso además de constituir un fuerte equipo de olubató, o sea, tocadores de los tres tambores batá. Para mí fue un gustazo tener en mis manos un *iyá*, un *itótele* y un *okónkolo* contruidos por un artesano matancero que siguió fielmente la tradición del siglo XIX. Con un guión que intercalaba las tres voces femeninas con los cánticos afrocubanos se dividieron tres tardes que incluyeron referencias a la actualmente abandonada Laguna Sagrada de San Joaquín en Matanzas, así como a la riqueza de la oralidad del negro en la obra de Lydia Cabrera.

Y mientras escribo y llevo el diskette a la revista, ya habrán recorrido el espacio español otras músicas cubanas, en medio de una invasión que no cesa, y en tanto se maqueta, se imprime, encuaderna, distribuye y se lee *Encuentro*, me imagino otras oleadas de intérpretes participando en nuevos proyectos y festivales.